



DISCERNIR EN COMUNIDAD EL DESEO DE DIOS: ANÁLISIS DESDE LA ANTROPOLOGÍA, LA BIBLIA, SAN IGNACIO Y EL MAGISTERIO DEL P. FRANCISCO

Discerning in Community the Desire of God: Analysis from Anthropology, the Bible, St. Ignatius, and the Magisterium of Pope Francis

Angel Barahona Plaza *

Fernando Viñado Oteo **

RESUMEN: La epistemología teológica se ocupa de cómo conocemos a Dios y cómo adquirimos conocimiento sobre lo divino. El discernimiento es una parte integral de este proceso epistemológico, ya que implica la capacidad de discernir la voluntad y el deseo de Dios a través de la revelación divina. El discernimiento que proponemos en este artículo se adentra en lo más profundo del ser humano, ahí donde habitan sus anhelos de felicidad y plenitud. Los modelos que se nos presentan en el mundo actual se forjan mediante la mimesis y se tornan insuficientes pues no alcanzan a llenar de sentido. Discernir no es reflexionar sobre las razones de éxito o fracaso de una determinada decisión. Discernir es abrazar la fraternidad que nace del seno de la comunidad como fuente de identidad, espacio para sanar las heridas, escuchar el deseo de Dios y responder a su llamada.

PALABRAS CLAVE: Epistemología. Mimesis. Discernimiento. Comunidad.

ABSTRACT: Theological epistemology addresses how we comprehend God and how knowledge about the divine is acquired. Discernment plays an essential role in this epistemological framework, as it entails the ability to perceive God's will and desires through divine revelation. The approach to discernment articulated in this article penetrates the deepest realms of the human spirit, where desires for

* Universidad Francisco de Vitoria, Madrid, España.

** Universidad Francisco de Vitoria, Madrid, España.

happiness and fulfillment reside. The models that are presented in the contemporary world are constructed through mimesis and prove to be inadequate because they do not sufficiently fill our lives with meaning. Discernment is not merely reflecting on the reasons for success or failure of a specific decision. Rather, discernment means embracing the fraternity that emerges from the core of the community, serving as a source of identity, a space for healing wounds, a means to listen to God's desire, and to respond to His call.

KEYWORDS: Epistemology. Mimesis. Discernment. Community.

Introducción

La facultad de reflexionar y sopesar las opciones es un rasgo distintivo y esencial de la naturaleza humana. En el proceso de tomar decisiones, especialmente aquellas relacionadas con la supervivencia, es crucial diferenciar entre aquello que contribuye al bien o lo que conduce hacia el mal. En el mundo actual las amenazas que nos acechan, más que referidas a la hostilidad de una naturaleza que nos exige adaptabilidad, están en el entorno cultural, psico-social.

Dichos peligros nos instan a desarrollar y aplicar métodos rigurosos para discernir entre las opciones que nos conducirán hacia una realización plena y aquellas que nos dejarán a mitad de camino. El ser humano adopta un estilo y una forma de vida en la que la búsqueda de la felicidad se convierte en un elemento central.

Esta particular forma de vivir implica mantener una constante vigilancia y estar siempre alerta, estar abierto a lo nuevo y tener la valentía de enfrentar y buscar activamente las oportunidades, evaluando y asumiendo los riesgos inherentes a este proceso. Este acto de buscar y establecer conexiones con los demás se convierte en un valor intrínseco y es fundamental para nuestro crecimiento y desarrollo como individuos maduros y responsables.

La epistemología teológica se ocupa de cómo conocemos a Dios y cómo adquirimos conocimiento sobre lo divino. Esto incluye preguntas sobre la naturaleza de la revelación, la autoridad de las Escrituras, y los métodos utilizados para interpretar la Palabra de Dios. El discernimiento es una parte integral de este proceso epistemológico, ya que implica la capacidad de discernir la voluntad y el deseo de Dios a través de la revelación divina.

En el presente artículo planteamos la importancia de la alteridad como elemento constitutivo del yo. El otro es fuente de mi propia identidad. Desde esta perspectiva cobra relieve la comunidad como espacio de posibilidad de plenitud, pues en ella es posible la sanación de las propias heridas. Desde la fraternidad del seno de la comunidad atisbamos la cer-

teza de una plenitud que nos espera. El discernimiento ya no es decidir entre lo que externamente es mejor o peor, tiene más posibilidades de éxito o fracaso. El discernimiento se inserta en el corazón, en el fondo del ser humano, ahí donde habitan sus anhelos más profundos y abrazados por la comunidad alcanzan a escuchar el deseo de Dios y responder a su llamada. Esta actitud es lo que llama Javier Osuna hallar la voluntad de Dios a través del discernimiento que consiste:

en un encuentro, en una comunión de dos libertades que convergen en una obra común. Y como la voluntad de Dios, según lo expresa la carta a los Romanos, es que todos reproduzcamos los rasgos de Jesús para formar una familia de hermanos, *la dimensión corporativa* de nuestras opciones no puede estar ausente en ningún discernimiento cristiano (OSUNA, 1991, p. 282).

1 Marco antropológico

El escenario contemporáneo nos muestra un caleidoscopio de tendencias antropológicas que oscilan entre ver lo humano como un simple subproducto de la naturaleza y las concepciones espiritualistas más elevadas. Entre estos extremos, emergen enfoques biologicistas o psicologistas con delineaciones variables, pero que aún dejan indefinido, o peor aún, ambiguo el estatuto antropológico del ser humano. Son visiones, a menudo, reduccionistas, que intentan subordinar el conjunto a uno de sus componentes de manera dogmática y sin fundamento. Desde una perspectiva estrictamente filosófica, adoptamos un enfoque personalista cristiano hacia el sujeto humano. A través de una visión holística e integradora, reconocemos nuestra esencia animal, psíquica y espiritual; un ser que se hace preguntas, reflexiona, toma decisiones, posee autoconciencia y, para entender su propia esencia, siente un deber hacia el otro, basado en la filiación divina compartida. Esta búsqueda de respuestas a las cuestiones existenciales que nos confrontan nos conduce a indagar y reflexionar sobre el discernimiento. No podemos tratar al ser humano superficialmente. Sus interrogantes trascienden una simple función cerebral adaptativa; más bien, refleja la lucha entre sus elecciones y su libertad en tensión a la plenitud de lo que está llamado a ser.

2 La alteridad constitutiva del yo

El ser humano es un ser “situado”, es decir, se coloca siempre ante el compromiso de tener que deliberar, resolver o decidir sobre un problema encontrando, al final de ese discernimiento, la que considera la mejor solución al propio dilema existencial. A veces, sin advertir que lo importante no es la solución sino el camino recorrido con los otros.

En esta situación dilemática el otro no es un factor circunstancial, sino esencial.

La teoría mimética insiste en que sin el otro no hay posibilidad de constituirse como persona. Las neuronas espejo, descubiertas por Rizzolatti (GALLESE; EAGLE; MIGONE, 2007; MELTZOFF; DECETY, 2003; RIZZOLATTI; CRAIGHERO, 2004), ratifican que su capacidad de imitación es esencial para la supervivencia del ser humano. Jean-Michel Ourhourlian, discípulo de Girard, llega a firmar que “el nacimiento del hombre psicológico, al igual que el hombre social, se efectúa por mecanismos puramente miméticos” (OUGHOURLIAN, 2007, p. 75).

El otro es modelo o mediador del deseo del sujeto. Nos constituimos como personas en la relación, somos sujetos “interdividuales”. Así lo afirma Girard (1976, p. 78): “El yo no es un objeto contiguo a otros objetos. Es constituido por su relación con el otro y no puede ser considerado fuera de esta relación”. Del mismo modo, Oughourlian (2020, p. 125): “Yo no puedo observarme más que en función de mis relaciones, porque toda vida es relación”. En este sentido el Cardenal J. Cordes en su artículo sobre el discernimiento, usando palabras de Dietrich Bonhoeffer, afirma: “que Dios habla más claramente a través de la voz de los demás, que a través de la propia de cada uno” (CORDES, 2002, p. 897).

La mayor parte del tiempo necesitamos interacciones y comunicación con los otros para ayudarnos a descubrir lo que es correcto y para ayudarnos a mantenernos fieles a nuestras inclinaciones virtuosas. [...] Las interacciones sociales y ver las cosas a través de los ojos de otras personas (incluso cuando esto podría ser una perspectiva imaginaria e hipotética) es parte de lo que cultiva la *phronesis* en nosotros. Podemos considerar asuntos desde diferentes perspectivas, podemos situarnos fuera de nuestros marcos o suposiciones, podemos ganar en paciencia y capacidad de reflexión sosegada: todas estas son cualidades de la sabiduría. Todo esto se aprende (OUGHOURLIAN, 2020, p. 128).

Oughourlian en *L'alterité* nos ilustra la razón de por qué esto es así: “la sabiduría consiste en la gestión de la alteridad” (OUGHOURLIAN, 2020, p. 154). A falta de una alteridad vertical, los hombres se miran unos a otros para constituirse como personas. El deseo es mimético, lo cual hace que sea a la vez fuente del “yo”, al mismo tiempo que de todo conflicto.

“El deseo forja el yo, pues lo dirige a la acción, a la puesta en juego de estrategias obstinadas en realizarlo. Poco a poco este “yo” en acción movido por el deseo se constituye. Si el deseo logra mantenerse, si el deseo llega a persistir en el esfuerzo difiriendo la realización de su deseo, este deseo, que se perenniza y se mantiene en el tiempo, se transforma en voluntad” (OUGHOURLIAN, 2020, p. 128).

La voluntad permite el conocimiento que nos hace prudentes, nos facilita tomar decisiones responsables, conocer la realidad y actuar sobre ella. El

problema es que ese yo construido en la relación no se muestra en su pureza, siempre está contaminado por experiencias de otro o propias, que necesitan ser revisadas o depuradas con un corazón sincero. El otro no solo sirve como modelo digno de ser o no imitado, sino como referente que denuncia lo falso de lo auténtico de uno mismo.

Lo que la psicología contemporánea, desde la obra de Lev Vygotsky, ha designado como “metacognición” puede entenderse como la habilidad para ponerse en el lugar del otro, es decir, para adoptar su perspectiva y ver el mundo a través de sus ojos. Todo lo cual es un proceso de interiorización del ser del otro, algo que nos ayuda a comprender la teoría mimética. Si el deseo es “según el otro”, si su presencia es determinante en la configuración de nuestras perspectivas vitales, si la mimesis configura parte de nuestra personalidad, hemos de averiguar la influencia que la imitación adquiere en las diversas facetas de nuestra existencia, desde nuestras decisiones y comportamientos hasta nuestras incertidumbres, certezas, posturas y convicciones. Surge así la necesidad de examinar qué aspectos de nuestro ser se originan en la influencia del otro, qué modelo de conducta representa este otro para nosotros y sobre qué conjunto de valores se fundamenta dicha influencia.

El método consistiría en mostrar modelos adecuados, elegirlos bien, e introducir un lenguaje que desvele con relatos y narraciones – como los mitos, el cine, o la novela histórica –, cuál es el lugar o *ámbito* de la realidad (LÓPEZ QUINTÁS, 1993) donde estamos y a la cuál queremos llegar. La relación con el modelo no es fácil, requiere altas dosis de prudencia para no caer en las redes de la rivalidad mimética. “Por eso, en psicopatología como en medicina física, no se puede uno equivocar de adversario bajo el peligro de grandes problemas. La dificultad viene del hecho de que el modelo, amigo y cómplice, rival enemigo tóxico y obstáculo insuperable son una sola y misma persona” (GIRARD, 1976, p. 64–65).

3 El papel de la comunidad

Un postulado esencial en cualquier argumentación que aspire a analizar verazmente las experiencias vivenciales radica en reconocer la realidad tal cual es. En medio de esta sensación de desorientación, emergen el discernimiento y la prudencia¹ como herramientas cruciales que nos permiten desentrañar la esencia de los fenómenos y aplicarla adecuadamente.

¹ Para Tomás Trigo (2002, p. 276) “la prudencia es obra de la razón” y, a la vez, es una propiedad de Dios: “En la Sagrada Escritura, la prudencia aparece, en primer lugar, como una propiedad de Dios: ‘Yo, la sabiduría, habito con la prudencia, yo he inventado la ciencia de la reflexión (Pro 8,12-14)’”.

Desde una perspectiva filosófica, la vida puede interpretarse como una negación del propio ego y de las aspiraciones individuales. Esta negación se conceptualiza frecuentemente como una resistencia, algo particularmente antitético en contextos hedonistas dominantes. Este intento de autoperpetuación remite a los paradigmas helénicos de inmortalidad, caracterizados por el autoaislamiento debido al temor de enfrentar la apatía o antipatía del exterior.

Las comunidades que forman los sujetos usan los mitos para crear la identidad, para presentar soluciones a las problemáticas existenciales. Es imperativo subrayar que la persistencia de los mitos a través del tiempo no es arbitraria; sobreviven porque encapsulan verdades y problemáticas intrínsecamente humanas. La mitología trasciende ser una mera recopilación de dogmas estáticos y, en cambio, se erige como una representación integral y dinámica de la condición humana. La narrativa mitológica enfatiza las transiciones y evoluciones inherentes a la experiencia humana, como es el caso de las ceremonias de iniciación que marcan el tránsito hacia la adultez. Estas tradiciones subrayan la necesidad de rejuvenecer a la comunidad con nuevos integrantes que satisfagan las demandas esenciales de supervivencia colectiva. El compromiso comunitario está omnipresente en las mitologías y en los ritos de paso. Se refleja en el mito de Tetis resguardando a Aquiles, anticipando el fatal destino de tener que asumir su llamada a la guerra troyana, según las profecías; similar a cómo las progenitoras japonesas sobreprotegen a sus descendientes, llamados *hikikomori*, impidiéndoles hacerse cargo de su realidad y enfrentarse al mundo que les toca.

Esta interdependencia comunitaria es un *leitmotiv* recurrente tanto en los relatos mitológicos como en los rituales de transición. Así, por ejemplo, la historia de Ulises es aleccionadora. Tiene clara la misión y, preocupado por la comunidad, busca la fórmula de convencer al joven Aquiles de ir a la guerra, algo imprescindible para asegurar la vida de la *polis* (de la comunidad). La adolescencia es un periodo -necesario- de la vida que consiste en el penúltimo intento de protección uterina de la madre, pero pronto esa figura se mostrará insuficiente. Si esa etapa se prolonga comienzan una serie de desencuentros del joven con la realidad que serán una fuente permanente de sufrimientos. El hombre tiene que salir, socializarse al margen de la familia, injertarse en otro útero, la comunidad de iguales. La sociedad es el espacio en el que a uno no le quieren como le quieren en casa. Para ser un buen educador-acompañante hay que tener claro el fin primario de la educación: integrarse en la comunidad para construirla.

En el mundo actual el núcleo familiar es un refugio de protección maternal y paternal. Idealmente, debería funcionar como un espacio que incite a la reflexión, al autodescubrimiento y a la necesidad de salir de uno mismo, e ir al encuentro del otro, a la comunidad. Sin embargo, enfrentar el mundo

exterior conlleva sus riesgos. La resistencia al fracaso se amplifica porque el sentido del “yo”, que se percibe a sí mismo como inmortal, se siente amenazado por las adversidades de la vida.

Uno de los principales desafíos contemporáneos radica en la percepción de muchos jóvenes y adultos de vivir en una especie de inmortalidad perpetua, donde cada instante parece eterno. Esta perspectiva los lleva a desatender las implicaciones futuras de sus acciones y decisiones, sumergiéndolos en la inmediatez del “lo quiero ahora”. La vida moderna rara vez nos enfrenta a negaciones categóricas, y cuando estas provienen de fuentes externas y amenazan nuestro bienestar, pueden resultar insoportables. Vivimos en un entorno saturado de banalidades y distracciones superficiales. Tomar distancia para descubrir lo perenne y tomar decisiones trascendentes, es todo un reto. Descubrir al otro como un misterio que cada día nos sorprende y nos invita a la entrega, genera fricciones en la custodiada comodidad y bienestar individual. Esta es, en parte, la razón subyacente de problemas contemporáneos como la reluctancia al compromiso, la violencia de género, la inestabilidad o el nomadismo laboral.

Charles Taylor (2009) identificaba el individualismo como una causa subyacente del descontento en la era contemporánea. Esta crisis compleja presenta una dualidad. Por un lado, el aspecto positivo del individualismo nos ha emancipado de ciertas ataduras, otorgándonos una sensación de autonomía. Sin embargo, hay una contraparte negativa: la vida pierde sentido, nuestros deseos se confinan a la introspección y se erosiona la autoridad de terceros para ofrecer corrección. De esta manera, nos encontramos atrapados en pequeños empeños narcisistas de identidad, ya sea en términos de género, nacionalidad o gustos tribales singulares.

El discurso de la identidad (TAYLOR, 1996) aparece en el plano reivindicativo, pero implica algo mucho más potente que queda opacado por la superficialidad del quienes somos como grupo, pues la verdadera interrogante trasciende lo social o cultural. La cuestión no es simplemente sobre nuestra pertenencia a un grupo local, étnico o sexual, sino sobre la identidad en su sentido más amplio y profundo, es decir, nuestra identidad como seres humanos.

La madurez conlleva “descentrarse” para poner en el centro al otro. El narcisismo conduce a una introspección estancada, se muere en la contemplación de sí mismo incapaz de escuchar a nadie. Por el miedo a morir estamos de por vida pendientes de nosotros mismos manifestado en obsesiones con la salud, el físico, la autoimagen y la necesidad de novedad permanente. El único camino posible es hacer la experiencia de que “muriendo a uno mismo” se encuentra algo mejor, la vida. La vida *para-sí* es la muerte, la muerte de sí *para-el-otro*, es la vida. Discernir es salir del propio yo para descubrir el rostro del otro. El texto evangélico

de “quien busca su vida la perderá”² adquiere un significado profundo en este contexto. La percepción de que quien intenta asegurar su vida termina perdiéndola; mientras que quien se atreve a arriesgarla, alcanza la verdadera Vida. Esto solo se comprende desde la generosidad y donación.

El papel de la vida en comunidad es fundamental en el crecimiento personal. Sin un sentido comunitario de la vida, Ulises no haría lo que tiene que hacer, porque hacer crecer a alguien es violentarle. Solo en función del bien comunitario es posible sacar a alguien del hogar protector y animarle a perder la vida. La educación tiene un punto de violencia simbólica. Con la legitimidad de la comunidad viva, se trata de empujar al discente, al joven a salir de ese útero primario y salir al encuentro del otro.

4 El discernimiento apoyado en modelos

En la filmografía nos encontramos con la réplica de la influencia de la literatura en el modelaje del comportamiento humano. Héroes y antihéroes, conductas positivas o negativas, se exhiben como estereotipos en todas las obras cinematográficas. Pongamos algunos ejemplos:

- *La Ola*: la pertenencia, por entenderse uno a sí mismo dentro de una gran historia compartida por líderes carismáticos parece librarnos de la mediocridad y darnos la fuerza para enfrentarnos a la adversidad.
- *El Club de la lucha*: la búsqueda del sentido por la vía de la autodestrucción de lo real siguiendo de nuevo la propuesta de un líder cínico, un superhombre nietzscheano que está por encima del bien y del mal, al estilo de los personajes *dostoievskianos* que crea un club-comunidad antisocial.
- *De Dioses y hombres*: la comunidad como comunión hasta la muerte basada en la adhesión a la fe recibida que incluye a los enemigos como hermanos.
- *America History X*: son los amigos, los modelos inter pares, los que llevan al hombre en su búsqueda del padre ausente a asociarse para el mal o para el bien.

La literatura también es una fuente perenne de reflexión sobre el sentido de pertenencia. La *Ilíada*, la *Odisea*, *Los endemoniados*, *Los miserables*... El tipo de preguntas será siempre el que remita a virtudes y valores a discutir: ¿qué bien está en juego? ¿cuál es el fin que se busca por el que se pretende que Aquiles salga del hogar, que Abraham se ponga en

² Mc 8,35: “Porque, quien quiera salvar su vida la perderá; pero el que pierda su vida por mí y por el Evangelio, la salvará”. San Pablo insiste a los Corintios y a los Colosenses que vivir para uno mismo es lo que destruye a la comunidad y a la propia persona.

camino, que José perdone a sus hermanos? ¿Luchar por la comunidad, por la familia, por Troya? Ulises y Abraham ponen en juego modelos de comportamiento, aunque la propuesta sea ser mortal, sacrificable. El objetivo es dar sentido y ser libre para ser eterno. En este marco de interpretación, José es el modelo que imitar para una sociedad que ha expulsado el perdón, la reconciliación, para enseñarle a discernir sobre la necesidad de empezar de nuevo o de ver la historia desde la perspectiva atemporal de Dios. José entiende que todo lo sucedido tiene que ver con un plan divino más grande que sus propios sentimientos que reclamarían venganza: estar ahí para salvar a su tribu en el momento en el que llegue la hambruna. Les justificará, les explicará que están dentro de una historia más bella y grande que sus envidias, y su dolor particular. Las historias bíblicas son los relatos del pasado siempre actualizados en cada narrativa posterior. Los cuentos, derivas literarias de los relatos históricos y míticos bíblicos, no pueden dejar de ser modos de invitar a los jóvenes a discernir entre el bien y el mal. *Un camino inesperado* (BLANCO, 2016) ilustra perfectamente lo que queremos decir. El autor, nos hace partícipes del modelo perfecto de acompañamiento y discernimiento que se esconde detrás de la obra de J. R. R Tolkien, *El señor de los anillos*: una invitación a salir de la comodidad de la comarca donde viven los *hobbit*, unirse a una comunidad e ir a cumplir una misión.

De las heridas del pecado, nadie es responsable. Todos somos víctimas del pecado que habita en nosotros y que está siempre fundado en la relación: *el otro me habita* desde el origen. Las heridas psicológicas y emocionales son una consecuencia ineludible dado que la interacción con el otro es inevitable. El libro de Génesis nos alerta sobre el carácter mimético de nuestro descontento. Primero, al desear según el otro y querer ser según el otro. Y después, porque aparece la insatisfacción, la frustración de no poder ser según el otro, que se transforma en herida. Estas heridas a menudo tienen sus raíces en el entorno familiar y se profundizan a medida que establecemos relaciones interpersonales, influenciados constantemente por la alteridad. Las heridas más profundas suelen remontarse a la niñez. En efecto, para el logro de una suficiente integración personal, “el cuidado y el amor parental constituye un factor imprescindible. Sin él, el ser humano no puede sobrevivir, ni psíquica ni, como tantos estudios revelan, físicamente siquiera” (MORANO *apud* HINVO, 2020, p. 35).

Para realizarse normalmente “toda persona humana necesita [...] afección, cuidados, libertad, escucha, respeto, benevolencia” (GUEYDAN *apud* HINVO, 2020, p. 35). Las personas que no han conocido ese amor benévolo de sus padres se sienten heridas, creen que no merecen ser amados. También el amor excesivo y sobreprotector de los padres puede ser perturbador por un futuro desarrollo armonioso. Al igual que todo bien, la falta o el exceso del amor puede ser dañino, puede herir las estructuras psicológicas. Los niños que han carecido de amor se considerarán rechazados y

abandonados. En cambio, los sobreprotegidos se crearán el centro de todo, correrán “el riesgo o bien de entrar en la omnipotencia y tener la ilusión de que el mundo siempre se plegará a sus deseos, o bien de experimentar una desilusión difícil de vivir” (OUGHOURLIAN, 2020, p. 90).

A la causa del déficit de amor, que compromete las habilidades psicológicas y con ello la libertad humana, se suman los factores de las relaciones donde uno se siente abducido por la alteridad. La conflictividad en las relaciones se manifiesta en situaciones de dominación autoritaria por ese otro que me habita sin siquiera poder reconocerlo, así como confusiones en roles familiares, traición, rechazo, deserción, humillación e injusticia. Las interacciones donde el otro prevalece resultan dañinas porque no valoran la diversidad, no honran la identidad singular del otro y no sitúan a cada individuo en su respectivo lugar. De este modo, frustran el deseo de libertad que trata de aflorar en cada uno. La persona que ha experimentado prolongadas relaciones de dependencia ya sea con un progenitor o amigos influyentes, hallará mayores desafíos al intentar tomar decisiones autónomas y ser genuinamente ella misma.

Las dos características comunes a toda herida son la privación y el sufrimiento. A la luz de ellas,

las situaciones de traición, rechazo, abandono, humillación e injusticia hieren al ser humano porque le privan respectivamente de confianza, aceptación, reconocimiento, estima de sí y amor de otros. Enfermamos también de la errónea e inadecuada interpretación que hacemos de lo acaecido (una palabra, un gesto, una mirada del otro), de los quiméricos deseos y de las ilusiones que hemos hecho de nosotros mismos y de nuestra vida. En suma, toda situación que conlleva la pérdida de algo importante que la mente humana no pudo afrontar, interpretar adecuadamente e integrar serenamente en su deseo de cumplir el bien en clave de libertades sería una probable causa de herida (HINVO, 2020, p. 36).

El acompañamiento se ve limitado cuando la relación entre dos está cerrada en sí misma, y no encuentra un tercero, modelo-mediador, que nos permita escapar de la auto-referencialidad o de la comparación con el otro. “De aquí la necesidad de elaborar una psicopatología y una psicoterapia relacional, “interdividual” (GIRARD; VINCENT, 1990, p. 183)³, de aprender a reconocer la transformación de una relación de amistad en una relación

³ Término girardiano que expresa que el “yo” no es el producto de un sujeto autónomo e individual hecho a sí mismo, sino el resultado de la permanente interacción entre individuos. Lo que llamamos *yo* sería “la unidad misteriosa, en todo hombre, de la autonomía y de la heteronomía más radical. Estas dos pulsiones nos arrastran en direcciones opuestas y nunca pueden devenir complementarias pero son inseparables para siempre, puesto que ellas se alimentan la una de la otra y su emparejamiento vincula a los hombres los unos a los otros de manera inextricable, por tanto incluso aunque los divida, entre ellos y en el interior de ellos mismos” (GIRARD; VINCENT, 1990, p. 183-184).

rival, celosa, envidiosa o, aún más, su transformación en relación de oposición, de bloqueo u obstáculo” (OUGHOURLIAN, 2020, p. 91). Porque para Girard y Vincent (1990, p. 47 y 184-185) el yo se construye en las relaciones entre individuos, su concepción del yo humano es puramente relacional. “El sujeto suele imitar sin saberlo y sin darse cuenta y, dada su vacuidad, busca un ser que está, a su vez, esencialmente fundado sobre el deseo de los deseos de los otros corriendo el riesgo de copiar la vacuidad de los otros y de regenerar su propio infierno” (MORENO FERNÁNDEZ, 2014, p. 164). Para superar esta rivalidad infernal es necesaria la irrupción de este tercero en el horizonte de la relación.

5 La crisis de los modelos propuestos por nuestra sociedad

La sensación de desorientación, de caos de sensaciones sin sentido que nos rodea nos hace experimentar cierto vértigo. Se agrava cuando no hay un fundamento sólido que nos pueda sustentar. Como dice H. J. M. Nouwen (2014, p. 18):

Cada vez soy más consciente de lo perdidos que estamos [...]. Si prescindimos del amor de Dios en nuestras vidas, somos personas perdidas en el mar, sin anclas. Estamos solos y sin muros de apoyo, sin un suelo sobre el que caminar, sin un techo que nos proteja, sin una mano que nos guíe, sin unos ojos que nos miren con amor, sin un compañero que nos muestre el camino.

En el mundo actual y en el seno de la iglesia en particular, se experimenta el enorme desconcierto en el que nos encontramos a la hora de discernir entre el bien y el mal. ¿Por qué hay tanta deserción de los compromisos? ¿Tantos cambios de carrera y trabajo en los jóvenes? ¿Tantos problemas de ansiedad, de psicopatologías blandas, de inmadurez, problemas de identidad, suicidios, drogadicciones, alcohólicos de fin de semana, abortos, depresiones, y tantas formas autodestructivas de obtener placer, tanta violencia ciclótica? No existe una respuesta única y fácil, pero una hipótesis plausible es que la educación ha fracasado en su pretensión de hacer que la vida de nuestros jóvenes sea una vida lograda. Hemos centrado la educación en la profesionalización, el éxito, en el manejo de técnicas, a cambio de sacrificar a la persona concreta, que sufre, que no se conoce a sí misma, que quiere comprender las zonas grises de las relaciones, que quiere ser feliz.

Para que la vida se pueda considerar lograda hay que ir más allá de lo inmediato. Lo que tenemos es el resultado de un cambio revolucionario de paradigma epistemológico y antropológico, y la renuncia a la búsqueda de la Verdad, de la expulsión del Logos de la investigación intelectual y científica. Porque como dice Tomas Trigo (2002, p. 275) citando a Kierkegaard: “los hombres tienen más miedo a la verdad que a la muerte”, y añade un comentario enriquecedor de Carlos Cardona: “La verdad es como

la sentencia de muerte de la soberbia, de la ambición, de la lujuria y de los demás desórdenes de las pasiones... y si asusta es porque compromete personalmente" (TRIGO, 2002, p. 275).

Otra de las características fundamentales de la educación postmoderna es la ausencia de "punto de referencia". Así lo expresa Girard: "Una vez privados de guías trascendentales, debemos confiar en nuestra experiencia subjetiva. Nos guste o no, somos pequeños dioses cartesianos sin referencias fijas ni certezas fuera de nosotros mismos" (GIRARD, 2012, p. 83)⁴. Nos han hecho creer en las escuelas y universidades que nada puede saberse con certeza, dado que los persistentes "fundamentos" de la epistemología han demostrado no ser indefectibles: imposibilidad de alcanzar la verdad en el texto, su disolución en un mundo de posibles interpretaciones dada la relatividad de cada uno de los significados, de todos y cada uno de los términos. Nos han convencido de que la historia está desprovista de la finalidad, o de sentido, y consecuentemente, ninguna versión de progreso puede defenderse con absoluta convicción. Es un caos de sensaciones contradictorias que se resuelven subjetivamente. "No hay Dios, no hay Rey, no hay modelos en lo universal" (GIRARD, 1961, p. 64), y nos tenemos que volver hacia el otro, tan ciego como yo, en un mundo de obstáculos.

La frase de Macbeth en la escena V del genial Shakespeare (2015, p. 117) lo resume todo: "es un cuento que cuenta un idiota, lleno de ruido y furia, que no significa nada"⁵. Las actuales agendas educativas o político-sociales están llenas de preocupación por cuestiones más o menos importantes (identitarias, ecológicas, políticas, educativas, etc.) pero en todo caso son la derivada de una ruptura antropológica: la persona es considerada como la encarnación contingente del mero lenguaje (DELEUZE, 2010; FOUCAULT, 2010). Las grandes narrativas, han desaparecido y se ha dado paso a los encuentros esporádicos. Hemos transitado de los meta-relatos que explicaban la vida, el tiempo y la historia a los micro-relatos que surfean la realidad desde su epidermis sin entrar en la complejidad de la existencia. No hay futuro, sino un presente continuo vivido por cada persona; un mero individuo en una masa colectiva indiferenciada. Cada uno somos el producto de un bricolaje virtual.

Hay tantas opiniones y percepciones... [que] no hay virtud que no se considere pecado en algún lugar, ni determinados pecados que no se consideren virtud

⁴ Texto original: "Once we are deprived of transcendental guideposts, we must trust our subjective experience. Whether we like it or not, we are little Cartesian gods with no fixed reference and no certainty outside of ourselves".

⁵ El texto original dice: "Life's but a walking shadow, a poor player / That struts and frets his hour upon the stage, / And then is heard no more. It is a tale / Told by an idiot, full of sound and fury, / Signifying nothing" (Shakespeare, Macbeth, 5.º acto, escena V. La traducción del español está tomada de SHAKESPEARE, 2015, p. 117).

en alguna otra parte. A una distancia de apenas dos kilómetros, las personas dicen y piensan cosas diametralmente opuestas, llevan vidas diametralmente opuestas, y actúan de formas diametralmente opuestas. Existe una libertad enorme a la hora de escoger tu propia forma de pensar, de hablar o de actuar; y sea cual sea tu opción, habrá quien te elogie y quien te culpe, pero lo más probable será que muy pocos intervengan. Vosotros y yo estamos solos en un mundo que nosotros mismos nos construimos. Una libertad que da miedo. ¿Quién puede vivirla y no perderse? (DELEUZE, 2010, p. 17).

¿Qué es lo que está pasando? Se hace urgente discernir sobre los signos de los tiempos. Algunos de los que hoy ejercen de profetas, Byung-Chul Han (2012, 2018), Yuval Harari (2018a, 2018b), Fabrice Hadjadj (2016), Olivier Rey (2006), Mathew Fforde (2013), Massimo Recalcati (2014) y un largo etcétera. Nos hablan de una sociedad cansada, tecnológicamente abducida, con necesidad de encontrarse con lo auténtico, sociedad *hysteriológica*, acabadada, con el síndrome de Aquiles sobreprotegido por su madre, narcisista, que no sabe cómo gestionar sus sentimientos, ni sus deseos, ni su futuro. Viviendo en un presentismo agónico, encerrados en burbujas virtuales en las que la comunicación permanente es el aislamiento permanente, el exceso de información es la desinformación.

Se hace urgente detectar el síntoma para aplicar la terapia: la necesidad de educar el deseo, que era la demanda de Benedicto XVI (2012), implica la de educar la relación de los jóvenes con las redes sociales, con los otros. El devenir de las generaciones va a tal velocidad que parece que no podemos encontrar asidero referencial alguno para responder a las preguntas y los sufrimientos que asolan a nuestros jóvenes.

Tras la generación X y la generación Y, entre otras denominaciones, emerge la llamada generación Pulgarcita, un término acuñado por el francés Michel Serres en referencia al personaje de un cuento de Perrault. Su retrato robot sería una mujer de menos de 30 años, nacida con el advenimiento de la tecnología digital, que juega con su smartphone manejando los pulgares -de ahí el nombre- con habilidad pasmosa. Recientemente laureado con el Dan David Prize, Serres describe la generación bautizada como Pulgarcita (2012), destinada a “transformar el mundo”⁶, con poca resistencia al sufrimiento, una necesidad permanente de gratificación, un

⁶ Preguntado por el entrevistador con ocasión de la aparición de su libro sobre el porqué del título y por qué en femenino, responde: «conozco bien a esta generación por tres razones. La primera: tengo cuatro hijos, 11 nietos y seis bisnietos. La segunda: he sido profesor durante casi toda mi vida. Y la tercera: desde 1982 enseño en Stanford, que se encuentra en medio del Silicon Valley, de ahí mi experiencia con las nuevas tecnologías. En cuanto al género, en las aulas he asistido a la victoria de las mujeres. En mis clases han sido siempre más serias, más profesionales y más aplicadas que los varones. He visto cómo crecían en número en las últimas décadas y creo que hay oficios que mañana serán de su propiedad exclusiva: derecho, medicina, cultura... Soy un feminista de largo recorrido y, por todas esas razones, mi Pulgarcita es una mujer» (BELLVER, 2013, no paginado; SERRÉS, 2015).

yo real minimizado en favor de una versión idealizada y una profunda aversión al riesgo, marcada por el omnipresente “principio de precaución”. La libertad del otro genera temor y la necesidad de realizar de manera inmediata los deseos deriva en la imposibilidad del discernimiento sereno.

El miedo a salir de uno mismo, de su enclaustramiento exige presentar al otro real, en su dimensión libre, con capacidad de hacernos daño, pero sin el cual no podemos ser nosotros mismos, ni amar, ni realizarnos. Los modelos que nos propone nuestra sociedad o son súper héroes o son histriones patéticos, escapistas que no toleran el mínimo sufrimiento o negación, que huyen despavoridos de lo real recurriendo a lo virtual, a la ficción, ante la mera sospecha de error o de fracaso. Quizás por eso tienen tanto éxito los *influencers*, la fantasiosa pornografía o el culto a los ídolos deportivos que nos representan y viven por nosotros nuestras vidas. Ellos se arriesgan, sufren, nos preceden, los copiamos miméticamente, nos muestran el camino a seguir.

Al mismo tiempo, sometidos por el temor al fracaso, nos plegamos al miedo ante la incertidumbre, objeto de análisis por parte de Oughourlian: “El ‘principio de precaución’ prohíbe a todo el mundo asumir riesgos, lo cual es absurdo porque la vida misma es un riesgo” (OUGHOURLIAN, 2020, p. 97). Vivimos en esta contradicción entre la secreción de adrenalina permanente o la reserva temerosa de esta. Nos privamos de la vida, viviendo la de otros, siguiendo atajos, los que han recorrido otros, pensando falazmente que se han realizado en ellos.

6 El autoconocimiento como fruto del discernimiento

Tenemos necesidad de huir del perfeccionismo en las decisiones que tomamos. Nos trazamos tan altas expectativas de nosotros mismos que no toleramos fácilmente el error en nuestras decisiones.

Es esencial liberarnos del perfeccionismo al decidir. Nuestras elevadas expectativas personales a menudo nos llevan a una intolerancia hacia el error en nuestras elecciones y decisiones. Joseph Ratzinger (1987, p. 227-228) nos advertía que “es inmoral el aparente moralismo que solo se satisface con lo perfecto”. Esa es una lógica “solo humana” que se torna insuficiente para el *buen* discernimiento. Así lo describe A. Cencini (2020, p. 108):

La lógica de la **elección solo humana**, [tras el hipotético discernimiento], se detiene muy pronto en el proceso de decisión porque tiene muchas exigencias. Por ejemplo, debe ser *segura*, sin riesgo alguno de equivocación; con el mínimo coste, sin nada que perder ni renuncia alguna; precisa y clara, bien definida en todas sus fases y objetivos, y carente de imprevistos; *a medida* del sujeto y calculada rigurosamente según sus capacidades (para evitar los fracasos); y

debe ser una elección *revisable y reversible*, con varias salidas de seguridad y planos alternativos y nunca para siempre; en *beneficio propio*, o calculada con vistas a los propios intereses; y finalmente, sostenida por *el acuerdo de los demás* (es decir, uno hace lo que todos hacen siguiendo -muy poco heroicamente- la corriente). Con estas condiciones no es tan extraño que sean tan pocas las elecciones auténticas (especialmente en las más comprometedoras, como las vocacionales). Esta es la razón por la que vivimos en una cultura a-decisional que no enseña a elegir, por la que el hombre contemporáneo si pudiera no elegiría nunca.

Este riesgo se ve compensado por la arbitrariedad de nuestras decisiones que se mueven al albur del gusto, las emociones o los sentimientos que afloran. Nuestro espejo para conocernos a nosotros mismos no escapa al reflejo narcisista. Solo muestra el rostro ideal o la frustración al compararnos con los demás. Aprender a discernir implica separar las proyecciones o las apariencias de la visión auténtica de uno mismo.

Sin embargo, la *decisión cristiana* derivada del discernimiento es arriesgada, quién obedece en la fe corre el riesgo más alto: descubrir el misterio de la voluntad de Dios para él mismo. Por ello discierne solo el creyente que es adulto en la fe y no busca la seguridad humana absoluta. Es elección con el máximo coste, pues es respuesta al amor que tiende a la donación total de uno mismo, a lo máximo que uno puede dar de sí; es precisa, pero nunca totalmente clara, porque es libre de la exigencia de prever todo y eliminar todo lo imprevisto, está motivada por la confianza en el otro, no por el cálculo de los propios talentos (ni frenada por el temor al fracaso personal), y es pensada según el plan de Dios (que habitualmente sobrepasa a los talentos del llamado); por consiguiente, es elección valiente y para siempre, de quien no se siente solo y sin embargo elige con plena autonomía; no está nunca en función exclusiva del yo ni de los propios intereses espirituales sino que tiene siempre en cuenta el bien del otro y su salvación; a menudo es elección contracorriente, y no es comprendida desde fuera. Tal es la belleza del discernimiento cristiano como fruto maduro del amor pero que es también lo que lo hace crecer (CENCINI, 2020, p. 185-186).

La condición, para esta forma de relación amorosa con el otro, cuelga del autoconocimiento, y paradójicamente este depende de la propia relación. La comunidad es el humus que hace florecer un conocimiento más ajustado de quienes somos verdaderamente. La libertad del otro y sus defectos ponen en cuestión la necesidad de disculpar, comprender, justificar, corregir, mientras, al mismo tiempo, nos redescubrimos a nosotros mismos.

7 El discernimiento ignaciano: entrega, libertad y fidelidad.

Decidir contiene un elemento sacrificial. *Decidere* viene de *caedere*, separar cortando. Decidir significa sacrificar, dividir a espada, elegir esto y no lo otro. Si me decido por esto sacrifico lo otro. *Ad extra*, es auto donarse uno

a sí mismo, porque decidir es arriesgar, es poner todo tu ser en juego, abierto al abismo de la alteridad.

No podemos estar seguros de cómo el otro interpretará nuestras acciones; incluso el gesto más altruista y generoso puede ser visto por el otro como manipulación o táctica. El acto de auto donación no está de moda. Sin embargo, la humanidad se pierde algo en esta expulsión de la idea de renuncia, porque el amor verdadero, aquello que nos colma, y que clama dentro de nosotros por salir a la luz, consiste en “ser para el otro”. El que se reserva algo lo pierde, el que se reserva a sí mismo, se pierde. Nuevamente el eco del texto evangélico: “El que encuentre su vida la perderá, y el que pierda su vida por mí, la encontrará” (Mt 10,39)

Discernir es adentrarse en un territorio incierto. El sacrificio es esencial, pero requiere de una generosidad inherente. El punto de inicio para reproducir en uno mismo la imagen de Cristo es la gratitud y el agradecimiento, el dar sin esperar algo a cambio. Entender que ceder – ya sea tiempo, espacio, dominio, control o territorio – no es una pérdida si es en función de ir al encuentro con el otro y que, incluso el fracaso en tal empeño es en sí ganancia. Aprender a discernir es un proceso continuo, es vivir en gerundio; al sacrificarnos, refinamos nuestra habilidad para decidir. Decidir implica errores y aciertos. Las enseñanzas del evangelio están repletas de parábolas y ejercicios de discernimiento, aplicables a las realidades de cualquier era. La interiorización profunda del arte de la renuncia a uno mismo y del desprendimiento del orgullo personal, fundamentos clave en el proceso de discernimiento, se consiguen mediante el acercamiento a la fuente que lo inspira: los Evangelios (NOUWEN, 2014; ROSINI, 2018; STAUNE, 2017, p. 378ss.).

San Ignacio de Loyola nos advertía que el *discernimiento* siempre va ligado a la elección, a la toma decisiones (BUCLEY, 2007). “El discernimiento ha de llevarnos a recobrar el camino si lo perdimos o si nos quedamos un tanto anquilosados. Ha de llevarnos, sin duda, a tomar nuevas opciones en nuestra vida, decisiones que nos lleven a introducir en ella la permanente novedad del Evangelio” (PRADO AYUSO, 2022, p. 254). El discernimiento ignaciano alcanza a la vida ya que es puente entre la ética y la espiritualidad. Ambas son necesarias, pues descubrir el deseo de Dios conlleva una espiritualidad profunda y a la par una mirada a los desafíos de la existencia propia y de los otros (MIFSUD, 2020). El camino del discernimiento no se transita “desde la fría racionalidad sino desde la cálida afectividad de un corazón que ama sinceramente a Dios” (LÓPEZ TEJADA, 1998, p. 830).

El discernimiento es la clave de bóveda del estilo ignaciano. Discernir no es someter nuestra voluntad “al *proyecto* que Dios quiere realizar con nosotros, un *programa para cumplir*, previsto desde toda la eternidad sin contar con nosotros. La voluntad de Dios es *su actuar creador*, lo que El

hace con nosotros *con la cooperación de nuestra libertad*” (OSUNA, 1991, p. 274). Es una comunión entre dos libertades: la propia que alberga el anhelo de plenitud y la libertad creadora de Dios. Amar y acatar el proyecto de Dios “con la devoción de una persona enamorada que solo desea hacer lo que quiere la persona a quien ama” (OSUNA, 1991, p. 274). Dios nos dispone de tal manera que no hay contradicción entre ambas libertades, más bien hay un encuentro que nos invita a dejarnos ser y nos renueva en el gozo y la esperanza de plenitud.

En suma, lo que se trata es de “hacer nacer una fidelidad” (RONDET, 1989, p. 392). Es el “que así sea” de la Virgen María que muestra la apertura de la irrupción de Dios en su vida, no como expresión sumisa sino “gozosa de plenitud acogiendo la Palabra creadora y creando con ella”. De tal modo que “en la apertura, en la receptividad a la Voluntad, se instaura una nueva creación” (OLABARRIETA, 2015, p. 32). No en vano, San Ignacio, describe la experiencia fundante de la consolación no solo como paz y quietud, sino como movimiento que invita a una creación continua (RESTREPO, 1999, no paginado). Los ejercicios espirituales son la experiencia de “que somos actualmente creados por Dios nuestro Señor con todo detalle y que escuchamos las llamadas de Dios a la vida cuando *escuchamos* nuestros deseos más profundos, que brotan del amor creador y apasionado que Dios nos tiene” (BARRY, 1999, p. 55).

Discernir no es, por tanto, un entendimiento individual con Dios sino una apertura al otro en la creación de la que somos partícipes: “Es el Amor que ha tomado el riesgo de llamarnos a la vida, semejantes y diferentes, para ofrecernos la alianza y la comunión. [...] Entonces lo reconoceremos no como un dictado o una fatalidad, sino como una llamada a una creación común” (RONDET, 1989, p. 394).

8 La palabra bíblica como fuente última del discernimiento

El hombre es un ser que desea. No solo los instintos le determinan en cierta dirección a realizar su equilibrio homeostático, sino que es un ser de deseos infinitos. Todo deseo es un deseo de ser. “*Ser es ser persona*”, un proceso dinámico, que implica la relación con los otros inevitablemente. Sin el otro no somos personas.

Todo lo que somos es fruto de un proceso de aprendizaje de aquello que los otros nos señalan como deseable. La persona es un ser constitutivamente mimético, en permanente apertura a desear según el otro para hacerse a sí mismo. Ese hacerse es el designio de Dios para el hombre pues siguiendo a S. Ireneo, “Lo propio de Dios es hacer y del hombre ser hecho” (ORBE, 1988).

En ese proceso vamos ganando en afirmación de nosotros mismos – lo que llamamos libertad – haciéndonos incluso creer que nuestro deseo es anterior a la copia del deseo del otro. En esta relación hay encuentros y desencuentros en la medida en que invadimos, la mayoría de las veces sin intencionalidad, territorios de los demás: afectivos, sexuales, de prestigio o reconocimiento de los que nos rodean. Cuando esta invasión es intencional es fácil que aparezca el conflicto en sus múltiples formas, que coinciden con lo que en la filosofía y la teología clásica se identifica con el fallo trágico antropológico. Con matices morales, es lo que llamamos el pecado original⁷: la envidia, la ambición, la rivalidad, el orgullo, la lucha por el prestigio, la lujuria. En el plano psicológico puede derivar en neurosis, paranoia, dinámica de dobles, psicosis, problemas de identidad, posesión, insatisfacción o insaciabilidad del deseo.

8.1 El discernimiento empieza en la escucha

La reversibilidad de las acciones es un imponderable del ser humano. Necesitamos recoger algo para nosotros cuando ponemos en juego cualquiera de los dones que hemos recibido. Pero no es el objetivo, ni es prescriptivo. La gratuidad forma parte fundamental de la relación humana que busca plenitud. Estamos llamados a realizarnos amando y siendo amados. Esta expectativa transforma la vida de los que se ponen en marcha siguiendo al Evangelio: “Mi madre y mis hermanos son aquellos que oyen la palabra de Dios y la cumplen” (Lc 8,21). El discernimiento busca transformar la vida, llevándola a realizar la llamada en el que es acompañado, en el que escucha. Escuchar es el verbo principal de esta relación que nos mueve a la búsqueda.

El Papa Francisco lo ratifica:

Más que nunca necesitamos de hombres y mujeres que, desde su experiencia de acompañamiento, conozcan los procesos donde campea la prudencia, la capacidad de comprensión, el arte de esperar, la docilidad al Espíritu [...]. Necesitamos ejercitarnos en el arte de escuchar. Sólo a partir de esta escucha respetuosa y compasiva se pueden encontrar los caminos de un genuino crecimiento, despertar el deseo del ideal cristiano, las ansias de responder plenamente al amor de Dios y el anhelo de desarrollar lo mejor que Dios ha sembrado en la propia vida (FRANCISCO, 2013, p. 171).

⁷ “El pecado de Adán y Eva fue, por tanto, una corrupción del deseo humano mediante la rivalidad mimética, al usar una prohibición con el fin de desdeñar la prescripción contra la apropiación, tomándola como una expresión de la envidia divina. El efecto de esto fue la transformación de Dios en un ídolo de la violencia sagrada. Una corrupción de la relación entre lo divino y lo humano corrompió la relación entre los seres humanos. El deseo mimético irrumpió bajo la forma de envidia, concupiscencia y violencia sagrada” (HAMERTON-KELLY, 2012, p. 179).

El Profeta puede llegar al corazón sólo a través de “la escucha “. “Escuchar” es el verbo de la fe, es el antídoto a la idolatría. La etimología nos remonta al griego εἰδωλον (*eidolon*), “imagen, figura”, y λατρίς (*latris*), “devoto”. Creemos que la intimidad y el conocimiento se da a través de los ojos y la imagen; por eso nuestra sociedad se basa en la vista, en la imagen. La visión es externa, permanece fuera, mientras que las palabras llegan al corazón. Como sucedió con la Virgen María, escuchar es la humilde apertura de una oveja que se confía a su pastor. El conocimiento es y se logra mediante la escucha. El verbo obedecer (*ob-audire*) expresa “escuchar y cumplir un mandato”. De este modo la escucha lleva al seguimiento y son en sí una unidad, como el Hijo hizo con el Padre: “Mis ovejas escuchan mi voz, y yo las conozco, y ellas me siguen” (Jn 10,27). “Ningún ídolo” puede arrebatarlas de su mano, porque el Padre, me las dio, y es mayor que todos los ídolos de este mundo.

Para discernir hay que vaciar al yo y la historia de sus imágenes idolátricas. Dios no habla en los soliloquios sino en la historia leída en clave bíblica: “¿Qué me quiere decir Dios con esto que me ha sucedido?”. Y cuanto más humillante sea, más divino. Discernir es aprender a distanciarse de los ídolos, de las imágenes falsas de la realidad que se toman por la realidad misma y aprender a escuchar.

Los profetas son maestros del discernimiento y todos tienen claro lo que es e implica el primer mandamiento de YHWH: “Escucha Israel” (שמע ישראל *Shemá Israel*, Dt 6,4), es la plegaria sagrada que cada día repite el israelita para penetrarse de la voluntad de Dios cuando se coloca el *tefilin*. La fe entra por el oído y el consejo también. “La fe viene del oír, y el oír, por la palabra de Cristo” (Rom 10,17) y también así empieza la parábola del Sembrador (Mc 4,3). Dice, Daniele Fortuna (2012, p. 206, not. 21): “Al recitar el *Shemá* [los judíos] se tapan los ojos. El misterio es solo accesible al oído, a la escucha”.

8.2 Dónde y cómo habla dios

En continuidad con el epígrafe anterior nos adentramos más en la necesidad de escuchar poniendo el acento en dónde y cómo habla Dios y las condiciones de quien escucha. El profeta Ezequiel, sin duda uno de los más influyentes en el nacimiento y configuración del pueblo judío, marca el fuerte contraste entre la falta de receptividad por parte de los judíos exiliados y la paradójica aceptación de los pueblos paganos (LAMELAS MÍGUEZ, 1997, p. 191): “Pero la casa de Israel no querrá escucharte a ti, porque no está dispuesta a escucharme a mí, ya que toda la casa de Israel es de dura cerviz y corazón obstinado” (Ez 3,7). Nadie escucha si tiene un ídolo. La *parresía* es decir la verdad, aunque duela. El ídolo es una imagen falsa de la realidad que nos construimos, mediante la cual tratamos de huir del sufrimiento. Dios habla en la zarza ardiente, en el

desierto, en su palabra, con los milagros, con los sacramentos, mediante profetas y testigos, pero sobre todo en la historia y ésta requiere escuchar y obedecer. A Dios se le escucha en su acción en la historia. En la Palabra (דָּבָר — *dabar*) decir y hacer van unidos. Desde el Génesis: ¡hágase! Y se hizo; “y vio Dios que todo era bueno” (Gn 1,10.12.18.21.25), hasta la Anunciación. Escuchar a Dios es acogerlo, sin ser necesario entenderlo. Basta escuchar su melodía, dejar que se adentre en uno desde el asombro y la belleza, desde la interpelación particular, desde el grito de la historia que demanda mi entrega. Acoger la palabra de Dios *no es sólo prestarle un oído atento, sino abrirle el corazón* (Hch 16,14), ponerla en práctica, esto es, *obedecer*. Tal es la obediencia de la fe que requiere la predicación oída (Rom 1,5; 10,14 ss.)

Sin embargo, no escuchamos porque vivimos en una soledad poblada de aullidos (Dt 32,10). El hombre no quiere escuchar (Dt 18,16.19), y ahí está su drama. Es sordo a las llamadas de Dios; su oído y su corazón están “incircuncisos” (Jer 6,10; 9,25; Act 7,51). Sólo Dios puede abrir el oído de su discípulo (Is 50,5; 1Sal 9,15; Job 36,10) y “profundizárselo” para que obedezca (Sal 40,7s.). Los milagros de Jesús significan que finalmente el pueblo sordo comprenderá la palabra de Dios y le obedecerá (Is 29,18; 35,5; 42,18ss.; 43,8; Mt 11,5). Es lo que la voz del cielo proclama a los discípulos: “Éste es mi Hijo muy amado, escuchadle” (Mt 17,5). María, habituada a guardar fielmente las palabras de Dios en su corazón (Lc 2,19.51) fue glorificada por su hijo Jesús cuando éste reveló el sentido profundo de su maternidad: “Bienaventurados los que escuchan la palabra de Dios y la guardan” (Lc 11,28). Y esta es la historia de salvación: la palabra requiere la escucha y el abandono de los ídolos. Es el camino de la *κένωσις* (*kénosis*), del “vaciamiento”. Vaciar-se de la propia voluntad para poder recibir a Dios. También el Dios trinitario se vacía en una absoluta autodonación por amor en las tres personas en su omnipotencia, en su omnisciencia y omnipresencia (RUIZ SOLER; NÚÑEZ DE CASTRO, 2017).

Para escuchar a Dios, es necesario adentrarse en el desierto. El *shemá* implica la entrega de todo el ser: con todo su corazón, su mente y sus fuerzas. En la parábola del sembrador, se muestra que quien oye solo desde un punto de vista práctico, se desorienta al enfrentar adversidades; quien oye solamente con emociones, su entendimiento se desvanece cuando la emoción inicial pasa; aquel que oye solo con la razón, no da fruto, ya que tiende a confundirlo todo y adaptarlo a su propia percepción y orgullo. La buena tierra es una unidad total para acoger la palabra íntegramente. Los resultados, treinta, sesenta, cien, demuestran que no se puede estar a medias: seguir al modelo es todo o nada. Es la donación de todo el ser hasta el holocausto (*όλόκαυστος*, *olokaustos*, de *όλον*, *olon*, completamente). Este es el mensaje de Cristo cuando llama la atención de los discípulos ante la ofrenda pobre de la viuda al Templo: su óbolo es todo lo que tenía, como Elías y la viuda de Sarepta (Mc 12,41-44; 1Re 17,8-24).

Otro aspecto fundamental es el significado de “Israel”. No se trata de un ejercicio individual, sino de las 12 tribus. Sólo se escucha en comunidad, en soledad solo se escucha uno a sí mismo. El hombre necesita un útero social que prolongue la matriz originaria de la madre. Sin comunidad, sin pueblo, no hay ser humano.

9 El discernimiento en los escritos del Papa Francisco

El papa Francisco impartió una serie de catequesis sobre el discernimiento⁸ impelido por la necesidad de orientar a los jóvenes respecto a las decisiones y opciones fundamentales que habrán de tomar en la vida. La primera de ellas trata de elucidar qué sería el discernimiento y da algunas claves interesantes. Partiendo del Evangelio y tomando imágenes de la vida ordinaria (el pescador que separa tipos de pescado, el agricultor que encuentra el tesoro en el campo que ara, el mercader que distingue la perla más valiosa, etc.) nos habla de que discernir es un proceso de toma de decisiones, no en clave de probabilidad de éxito o fracaso, sino de fidelidad en la relación con Dios que implica sabiduría para elegir, desapego de los afectos, esfuerzo arduo de libertad y voluntad.

Lo esencial desde el discurso que venimos desarrollando es la importancia que concede a los modelos. En su catequesis del 7 de septiembre de 2022 habla de cómo San Ignacio de Loyola se queda fascinado, cuando por una casualidad – de las que dice que hay que saber discernir como oportunidades caídas del cielo – en su recuperación de las heridas solo había en su casa vidas de santos. Él, que estaba fascinado por el mundo de la caballería andante, queda prendado de las figuras de Santo Domingo y de Francisco de Asís. En esta reflexión descubre que los modelos humanos atraen a la imitación fácilmente, pero es efímera e insatisfactoria. Sin embargo, los modelos de los santos, al no ser auto referenciales, sino que apuntan a Cristo, nos mueven a un cambio de vida permanente. Aludiendo a los comentarios de San Ignacio, el papa Francisco advierte que los “pensamientos del mundo al principio son atractivos, pero después pierden brillo y dejan vacíos, descontentos [...]. Los pensamientos de Dios, al contrario, suscitan al principio cierta resistencia – ‘esto aburrido de los santos no lo leeré’ –, pero cuando se les acoge traen una paz desconocida, que dura mucho tiempo” (FRANCISCO, 2023, p. 9).

La oración es el otro punto importante en sus catequesis. Más aún, sin la vida de oración el discernimiento es imposible. La oración facilita el

⁸ Todas las catequesis están recogidas en el libro electrónico editado por Opus Dei en FRANCISCO, 2023.

conocerse a sí mismo, para conocer a los otros. Nos permite separar la cizaña del trigo⁹, distinguir entre sentir y pensar; nos anima a la fatiga que “implica un paciente trabajo de excavación interior” (FRANCISCO, 2023, p. 17), nos ayuda a desprendernos de las máscaras, a reconducir o educar el deseo que en el origen es “nostalgia de plenitud” (FRANCISCO, 2023, p. 20). Deseo en su etimología, *de-sidus*, expresa literalmente la *falta de la estrella*. Es la “falta de punto de referencia que orienta el camino de la vida; esta evoca un sufrimiento, una carencia, y al mismo tiempo una tensión para alcanzar el bien que nos falta” (FRANCISCO, 2023, p. 20), de esta manera “aprendemos a entender qué queremos realmente de nuestra vida” (FRANCISCO, 2023, p. 21).

Otro aspecto relevante es la idea de la necesidad de narrarnos biográficamente. “Acostumbrarse a releer la propia vida educa la mirada, la afina” (FRANCISCO, 2023, p. 26). Es una metáfora perfecta del discernimiento, que deriva de la idea clásica de la dirección espiritual denominada “revisión de vida”. La narratividad: “no se detiene en la acción puntual, la incluye en un contexto: ¿de dónde viene este pensamiento? ¿Qué siento ahora?, ¿Dónde me lleva esto que estoy pensando ahora?... ¿Qué me quiere decir la vida con esto?” (FRANCISCO, 2023, p. 25). Se trata, como dirá más adelante, de educar la mirada para distinguir entre lo que lleva a la alegría y lo que lleva a la tristeza. Citando de nuevo a San Ignacio abunda en esta idea: “Cogiendo por experiencia que de unos pensamientos quedaba triste, y de otros alegre, y poco a poco viniendo a reconocer la diversidad de los pensamientos, la diversidad de los espíritus que se agitaban (*Autob.*, n 8)” (FRANCISCO, 2023, p. 27-28).

La experiencia permite “leer la tristeza” (FRANCISCO, 2023, p. 29) y valorarla en su justa medida, no desanimarse ante los obstáculos, no recaer en el remordimiento, que nos llevaría a la desolación, a lo que el Papa llama “dolor del alma”, y a “no hacer cambios cuando se está desolado” (FRANCISCO, 2023, p. 30). Por eso propone que uno de los objetivos del discernimiento es no permanecer vencidos en la desolación o la tristeza que nos invite a elecciones precipitadas.

El resultado final del discernimiento es la gratuidad como moción, la consolación, la alegría interior y la esperanza. Aprender a discernir lleva a “sentirse en el propio lugar en la vida” (FRANCISCO, 2023, p. 44), y eso se sabe porque hay signos que lo delatan: permanecemos libres en la decisión, la paz perdura en el tiempo, nace la gratitud por el bien recibido liberada de los apegos afectivos. En resumen, retoma y profundiza en una premisa enfatizada por su antecesor, Benedicto XVI (2012, no paginado): discernir es “educar el deseo”, esto es, enseñar a esperar en Dios. “Como

⁹ Cita en este punto el libro de GREEN, 1992, p. 25.

afirmaba San Agustín: ‘Con la espera, Dios agranda nuestro deseo; con el deseo ensancha el alma, y dilatándola la hace más capaz’ (*Comentario a la Primera carta de Juan*, 4, 6: pl 35, 2009)” (BENEDICTO XVI, 2012, no paginado).

La última de sus catequesis corrobora lo que venimos proponiendo. Entre el acompañante y el acompañado es esencial que exista una libertad que permita “desenmascarar los malentendidos”, la no sustitución del otro, el reconocimiento de la fragilidad, en definitiva, discernir. “Este acompañamiento puede ser fructífero si, ambas partes, han experimentado la *filiación* y la *fraternidad* espiritual. Descubrimos que somos hijos de Dios cuando descubrimos que somos hermanos, hijos del mismo padre. Por eso es indispensable formar parte de una comunidad en camino” (FRANCISCO, 2023, p. 57).

Conclusión

La epistemología teológica explora cómo Dios se revela a sí mismo a la humanidad y cómo el misterio de la fe puede dialogar con la razón. Sin embargo, este ejercicio solo es posible en el ámbito de la comunidad, donde desde la fraternidad el otro me desvela mi propia identidad.

El ser humano, por naturaleza, está “situado” para enfrentar y decidir sobre dilemas existenciales, donde el proceso de discernimiento conduce a lo que se considera la mejor solución. Sin embargo, a menudo se olvida que lo crucial no es la solución en sí, sino el camino junto a otros. Este proceso no sólo involucra la interacción con otros, sino que depende fundamentalmente de ella, conforme a la teoría mimética que argumenta que no podemos constituirnos plenamente como personas sin los demás. Estudios sobre neuronas espejo refuerzan la idea de que la imitación es vital para nuestra supervivencia, subrayando que la alteridad, o el ser en relación con otros, es central para nuestra formación como individuos.

La metacognición, la capacidad de ver desde la perspectiva del otro, no sólo es fundamental en la psicología moderna, sino que es crucial para entender cómo la mimesis influye en nuestras vidas, afectando desde nuestras decisiones hasta nuestras convicciones más arraigadas. Esto nos lleva a examinar qué aspectos de nuestra identidad se derivan de la influencia de otros y cómo podemos discernir y elegir modelos adecuados que reflejen los valores a los que aspiramos.

La interdependencia comunitaria y la necesidad de superar la protección maternal y paternal para integrarse en una comunidad más amplia son fundamentales para el crecimiento personal. Ulises representa el arque-

tipo del individuo que, preocupado por el bienestar de la comunidad, entiende que educar y crecer implica cierta violencia simbólica necesaria para empujar a los jóvenes fuera del útero protector hacia un compromiso activo con la sociedad. Este proceso, aunque esencial, conlleva riesgos y resistencias, particularmente en un mundo que idealiza la inmortalidad y el egocentrismo, y donde las decisiones significativas se posponen en favor de la gratificación inmediata.

En un contexto contemporáneo, marcado por el individualismo que, aunque libera, también despoja de sentido y conexión comunitaria, se resalta la importancia de discernir y actuar más allá del interés personal. Charles Taylor y otros pensadores destacan cómo la comunidad es el único ámbito propicio para el camino del discernimiento. Este enfoque no solo aborda la alienación y el descontento de la era contemporánea, sino que también implica que la verdadera identidad y la plenitud de la vida emergen del reconocimiento y la aceptación de nuestras responsabilidades hacia los demás, promoviendo un modelo de vida que valora la generosidad y la donación como vías hacia la realización personal y comunitaria.

El discernimiento cristiano no es “tomar decisiones”, esto es, analizar pros y contras para acertar con la mejor elección que responda más adecuadamente a la meta de éxito que nos hubiéramos fijado. Esta es la mirada del mundo y el sueño prometeico del bienestar. El discernimiento cristiano es un nivel superior que atañe a esa parte de nuestro ser donde se hospedan los anhelos más profundos. Discernir es fundamentalmente escuchar el deseo de Dios y responder a esa llamada, alineando todo mi ser a Él. Por eso “el camino del discernimiento empieza por la oración. Orar significa rasgar el velo de la existencia y dejarte guiar por la visión que se ha vuelto real para ti” (NOUWEN, 2014, p. 18).

San Ignacio de Loyola enseña que el discernimiento conecta la ética con la espiritualidad incorporando la novedad del Evangelio en nuestras vidas. No es un proceso racional y frío, sino uno integral que, desde el ámbito de la comunidad busca amar y cooperar con la voluntad creadora de Dios. Este discernimiento implica una sintonía entre la libertad humana y la libertad divina, llevándonos a una entrega y fidelidad renovada y a la creación continua de nuestras vidas. No se trata de conocer y acatar tal o cual plan divino sino un ejercicio de entrega, amor, fidelidad y comunión que no solo no rompe con nuestra naturaleza humana, sino que la lleva a plenitud. Los ejercicios espirituales de San Ignacio reflejan esta experiencia de ser creados continuamente por Dios y de escuchar Su llamado a través de nuestro ser más hondo y verdadero, que surge del amor apasionado de Dios.

Educar el deseo exige dar cumplimiento a esa moción del espíritu que anhela calmar la sed interior que no se sacia con cualquier realización del

deseo. Como lo expresa bellamente Blondel: “nuestros deseos a menudo nos ocultan nuestros verdaderos deseos” (2010, p. 197). En el diálogo de Jesús con la samaritana se expresa esta sed de Dios, que es alentada por el deseo de ser, y que reclama dejarse dar de beber por el manantial de agua que realmente nos saciaría. Para eso hay que predisponer al otro a recibir esa agua tal como nos indica el texto joánico: “El que beba del agua que yo le daré, no tendrá sed jamás, sino que el agua que yo le daré se convertirá en él una fuente de agua que brote para la vida eterna” (Jn 4,14). Esa predisposición es la clave del discernimiento y del acompañamiento educativo.

El papa Francisco, en sus catequesis enfatiza que discernir es un proceso que requiere sabiduría, desapego y un continuo ejercicio de escucha de Dios que nos habla a través de la vida de la comunidad en camino, y cuyos frutos son la gratuidad y la esperanza.

Referencias

BARRY, W. *Dejar que el Creador se comuniqué con la criatura: un enfoque de los Ejercicios Espirituales de San Ignacio de Loyola*. Bilbao: DDB, 1999.

BELLVER, J. M. Michel Serres: “Nuestras instituciones han sido creadas en un mundo que ya no existe”. *El Mundo*, 21 dez. 2013. Disponible en: <https://www.elmundo.es/opinion/2013/12/20/52b4a277268e3ecb2a8b457f.html>? Acceso en: 2 nov. 2023.

BENEDICTO XVI. *Audiencia general. El año de la fe: El deseo de Dios*. Roma: Libreria Editrice Vaticana, 7 nov. 2012. Disponible en: <https://bit.ly/2WTTwKn>. Acceso en: 2 nov. 2023.

BLANCO, D. *Un camino inesperado*. Madrid: Ediciones Encuentro, 2016.

BLONDEL, M. *L'action. Essai d'une critique de la vie et d'une science de la pratique*. Paris: Presses Universitaires de France, 2010.

BUCLEY, M. *Discernimiento. Diccionario de Espiritualidad Ignaciana*. Bilbao: Mensajero; Santander: Sal Terrae, 2007.

CENCINI, A. *Desde la aurora te busco evangelizar la sensibilidad para aprender a discernir*. Maliaño (Cantabria), España: Editorial Sal Terrae, 2020.

CORDES, P. J. El discernimiento espiritual en la vida del cristiano. *Scripta Theologica*, [s.l.], v. 34, n. 3, p. 895–907, dic. 2002.

FORTUNA, D. *Il figlio dell'ascolto: l'autocomprensione del Gesù storico alla luce dello "Shema' Yisra'el"*. Roma: San Paolo Edizioni, 2012.

DELEUZE, G. *Estrategias de comunicación: género, persuasión y redes sociales*. Madrid: Siglo XXI, 2010.

FFORDE, M. *Desocialización: la crisis de la postmodernidad*. Madrid: Ediciones Encuentro, 2013.

- FOUCAULT, M. *Las palabras y las cosas: una arqueología de las ciencias humanas*. Madrid: Siglo XXI, 2010.
- FRANCISCO, P. *Exhortación Apostólica Evangelii Gaudium: sobre el anuncio del Evangelio en el mundo actual*. Ciudad del Vaticano: Libreria Editrice Vaticana, 24 nov. 2013. Disponible en: <https://tinyurl.com/yebsv89d>. Acceso en: 2 nov. 2023.
- FRANCISCO, P. *Catequesis sobre el discernimiento*. [s.l.] Dicastero per la Comunicazione — Libreria Editrice Vaticana. Recopilado por Opusdei.org. 2023. Disponible en: <https://multimedia.opusdei.org/doc/pdf/catequese-sobre-o-discernimento20230409211054938158.pdf>. Acceso en: 2 nov. 2023.
- GALLESE, V.; EAGLE, M. N.; MIGONE, P. Intentional Attunement: Mirror Neurons and the Neural Underpinnings of Interpersonal Relations. *Journal of the American Psychoanalytic Association*, [s.l.], v. 55, n. 1, p. 131-175, 2007.
- GIRARD, R. *Mesonge romantique, verité romanesque*. Paris: Grasset, 1961.
- GIRARD, R. *Critique dans un souterrain*. Paris: Grasset, 1976.
- GIRARD, R. *Resurrection from the underground: Feodor Dostoevsky*. East Lansing: Michigan State University Press, 2012.
- GIRARD, R.; VINCENT, B. *Shakespeare: les feux de l'envie*. Paris: Grasset, 1990.
- GREEN, T. H. *Il grano e la zizzania: il discernimento: punto di incontro tra preghiera e azione*. Roma: Edizioni Comunità di Vita Cristiana, 1992.
- LAMELAS MÍGUEZ, Ezequiel. In: GUIJARRO OPORTO, S.; SALVADOR GARCÍA, M. (Eds.). *Comentario al Antiguo Testamento*. 5.ed. Madrid: Atenas; Madrid: PPC; Salamanca: Sígueme; Estella: Verbo Divino, 1997. V. II, p. 180-238.
- HADJADJ, F. *La suerte de haber nacido en nuestro tiempo*. Madrid: Rialp, 2016.
- HAMERTON-KELLY, R. G. *Violência sagrada: Paulo e a hermenêutica da Cruz*. São Paulo: Realizações, 2012.
- HAN, B.-C. *La sociedad del cansancio*. Barcelona: Herder, 2012.
- HAN, B.-C. *La agonía del Eros*. Barcelona: Herder, 2018.
- HARARI, Y. N. *Homo Deus: breve historia del mañana*. 2.ed. Miami: Penguin Random House Grupo Editorial, 2018a.
- HARARI, Y. N. *Sapiens. De animales a dioses: Breve historia de la humanidad*. 10. ed. Miami: Penguin Random House Grupo Editorial, 2018b.
- HINVO, N. S. *La sanación de las heridas interiores en la dinámica de los ejercicios espirituales de San Ignacio de Loyola*. Tesis (maestría en teología espiritual) – Facultad de Teología de la Pontificia Universidad Comillas, Madrid, 2020.
- LÓPEZ QUINTÁS, A. *El arte de pensar con rigor y vivir de forma creativa*. Madrid: Asociación para el Progreso de las Ciencias Humanas, 1993.
- LÓPEZ TEJADA, D. *Los Ejercicios espirituales de San Ignacio de Loyola: comentario y textos afines*. Madrid: Edibesa, 1998.
- MELTZOFF, A. N.; DECETY, J. What imitation tells us about social cognition: a rapprochement between developmental psychology and cognitive neuroscience.

- Philosophical Transactions of the Royal Society of London. Series B, Biological Sciences*, [s.l.], v. 358, n. 1431, p. 491–500, 29 mar. 2003.
- MIFSUD, T. El discernimiento: de la espiritualidad a la ética. *Cuestiones teológicas*, [s.l.], v. 47, n. 108, p. 134–154, 2020.
- MORENO FERNÁNDEZ, A. Ontogénesis humana y filosofía del sujeto en la teoría mimética de René Girard. *Revista de filosofía*, [s.l.], v. 39, n. 2, p. 147-168, 2014.
- NOUWEN, H. J. M. *El discernimiento: cómo leer los signos de la vida diaria*. Maliaño (Cantabria): Sal Terrae, 2014.
- ORBE, A. Deus facit, homo fit: Un axioma de san Ireneo. *Gregorianum*, Roma, v. 69, n. 4, p. 629-661, 1988.
- OSUNA, J. Cómo crear y encontrar el estilo de vida ignaciano: el discernimiento. *Theologica Xaveriana*, Bogotá, n. 100, p. 263-285, 28 nov. 1991.
- OUGHOURLIAN, J.-M. *Genèse du désir*. Paris: Carnets Nord, 2007.
- OUGHOURLIAN, J.-M. *L'altérité, de qui souffrez – vous?* Paris: Desclée de Brouwer, 2020.
- PRADO AYUSO, F. El camino del testimonio. En: CATELA MARCOS, I. *et al.* (Eds.). *¿Librar la batalla cultural? De la cultura pensada a la cultura vivida*. Madrid: Fundación Universitaria San Pablo CEU, 2022. p. 245–258.
- RATZINGER, J. *Iglesia, ecumenismo y política: nuevos ensayos de eclesiología*. Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos, 1987.
- RECALCATI, M. *El complejo de Telémaco: padres e hijos tras el ocaso del progenitor*. Barcelona: Anagrama, 2014.
- RESTREPO, I. Las reglas de discernimiento en sus contextos de primera y segunda semana. [s.f.]. Disponible en: <https://jesuitas.lat/biblioteca/biblioteca-cpal/archivo-documental/las-reglas-de-discernimiento-en-sus-contexto-de-primera-y-segunda-semana>. Acceso en: 3 jun. 2024.
- REY, O. *Une folle solitude: le fantasme de l'homme auto-construit*. Paris: Seuil, 2006.
- RIZZOLATTI, G.; CRAIGHERO, L. The mirror-neuron system. *Annual Review of Neuroscience*, [s.l.], v. 27, p. 169-192, 2004.
- RONDET, M. Dieu a-t-il sur chacun de nous une volonté particulière? *Christus*, [s.l.], n. 153, p. 392-399, 1989.
- ROSINI, F. *El Arte De Recomenzar: los seis días de la creación y el inicio del discernimiento*. Madrid: Rialp, 2018.
- RUIZ SOLER, M.; NÚÑEZ DE CASTRO, I. La kénosis del Dios Trinitario: reflexiones desde la Teología de la Naturaleza. *Estudios Eclesiásticos*, [s.l.], v. 92, n. 360, p. 53-94, 2017.
- SERRÉS, M. *Pulgarcita*. Barcelona: Gedisa, 2015.
- SHAKESPEARE, W. *Macbeth*. Bogotá: Cangrejo Editores, 2015.
- STAUNE, J. *Notre existence a-t-elle un sens ?* Paris: Fayard — Pluriel, 2017.

- OLABARRIETA, J. La volonté de Dieu. *La Mennais Études*, [s.l.], n. 4, p. 3-61, 2015.
- TAYLOR, C. Identidad y reconocimiento. *Revista internacional de filosofía política*, [s.l.], n. 7, p. 10-19, 1996.
- TAYLOR, C. *Sources of the self: The making of modern identity*. 10.ed Cambridge: Cambridge University Press, 2009.
- TRIGO, T. Prudencia y libertad. *Scripta Theologica*, [s.l.], v. 34, n. 1, p. 273-307, 2002.

Artículo presentado el 09.05.24 y aprobado el 24.06.24.

Angel Barahona Plaza: Doctor en Filosofía por la Universidad Complutense de Madrid (1993). Catedrático de Teología Fundamental de la Universidad Francisco de Vitoria, Madrid. Director del Grupo de investigación *Violencia y religión* internacional. **Contribución al texto:** investigación del tema, estructuración y redacción. Orcid.org/0000-0002-8378-4597. Correo electrónico: a.barahona.prof@ufv.es

Dirección: Facultad de Ciencias Experimentales
Universidad Francisco de Vitoria
Carretera Pozuelo a Majadahonda, Km 1.800
28223 Pozuelo de Alarcón, Madrid – España

Fernando Viñado Oteo: Doctor en Educación por la Universidad Complutense de Madrid (2016). Vicerrector de Alumnos y Formación Integral de la Universidad Francisco de Vitoria, Madrid y profesor de Antropología en la Facultad de Derecho, Empresa y Gobierno. **Contribución al texto:** investigación, redacción y revisión final, introducción y conclusión. Orcid.org/0000-0003-2178-1750. Correo electrónico: f.vinado@ufv.es

Dirección: Facultad de Derecho, Empresa y Gobierno
Universidad Francisco de Vitoria
Carretera Pozuelo a Majadahonda, Km 1.800
28223 Pozuelo de Alarcón, Madrid – España